

Ya en comunicacion los tres regentes, don Fadrique Enriquez (dice oportunamente el mas reciente historiador de las comunidades) representaba la paz á todo trance, don Iñigo de Velasco la guerra hasta obtener la muerte ó la victoria, el cardenal de Tortosa nada. Osecurecido siempre que le asociaban al gobierno españoles, como le sucedió antes con Cisneros, «ahora que le igualaban en poder dos castellanos de la primera jerarquía con numerosa clientela, estaba igualmente destinado á ser una venerable nulidad en los negocios de Castilla (1).»

En tal estado, y cuando así marchaban, no sin posibilidad todavía de pacífico desenlace, las negociaciones, recibió nuevas la Junta de que sus enviados al emperador, portadores del memorial, el uno habia sido preso, y los otros dos no se habian atrevido á presentarse á él por temor de que peligraran sus vidas. Esta repulsa, este agravio hecho por un rey de Castilla á súbditos autorizados para exponerle las quejas y clamores de un pueblo ultrajado y á pedirle el remedio, fué mirado por los castellanos como una intolerable afrenta, como un rasgo del mas insufrible despotismo. Encendiéronse en ira los ánimos de los comuneros, perdieron la templanza hasta los mas moderados, vieron en aquel acto desmentidas las galantes promesas del almirante, y no se veía ya otra solucion que la de las armas.

Desgraciadamente unos emisarios despachados por la Junta á Burgos para notificar al condestable que licenciara su gente, despues de agasajados por aquel magnate, fueron conducidos con escolta y entregados al conde de Alba de Liste, que con frenético arrebató así á uno de ellos, camarero de la reina doña Juana, que llevaba la voz por todos, le hizo dar garrote en un calabozo, y soltó á los demás para que contaran á la Santa Junta cómo eran recibidos sus mensajeros en Burgos. Con esto ya no podía haber transacción. La Junta pregonó por traidores al condestable y al de Alba de Liste, aperebió su ejército, le engrasó con nuevos contingentes de las ciudades de la liga, le dió sus instrucciones para la campaña, y todo anunciaba grandes calamidades, y larga efusion de sangre de hermanos en los campos de Castilla (2).

## CAPÍTULO IV

### La guerra de las Comunidades

DE 1520 Á 1521

Don Pedro Giron es nombrado general de los comuneros.—Resentimiento y retirada de Padilla.—Marcha del ejército de las comunidades hacia Rioseco.—Peligro de los regentes y magnates.—Extraña conducta de Giron.—Sospechosa intervencion de Fr. Antonio de Guevara.—Traicion de don Pedro Giron.—Injustificable retirada del ejército á Villalpando.—Apoderanse los imperiales de Tordesillas.—Sensacion y resultados de este suceso.—Giron y el obispo Acuña en Valladolid: descrédito de aquel y popularidad de este.—Retírase Giron de la guerra odiado y escarnecido.—Triste situacion de Castilla.—Valladolid y Simancas.—Padilla es nombrado segunda vez capitán general de las comunidades: entusiasmo popular.—Sublevacion de las Merindades: el conde de Salvatierra.—Operaciones y triunfos de Padilla y del obispo Acuña.—Crítica situacion de Valladolid.—Tratos y negociaciones de paz.—Rómese de nuevo la guerra.—Padilla se apodera de Torrelabaton.—Nuevos tratos de concordia: tregua: error de los comuneros.—Se rompe la tregua.—Campaña del obispo Acuña en Toledo.—Derrota al prior de San Juan.—Incendio horrible de la iglesia de Mora: quemáanse mas de tres mil personas.—Acuña es proclamado tumultuariamente arzobispo de Toledo.—Escándalos y sacrilegios en la catedral.—Entereza y dignidad del cabildo.—Decadencia de la causa de las comunidades.

La Junta de Tordesillas habia perdido un tiempo precioso, pasándole en la inaccion mientras los grandes iban agrupando y concentrando sus fuerzas en Rioseco, donde se hallaban dos de los regentes. Tal apatía, unida á la division que se habia infiltrado entre los comuneros, y aun entre los procuradores mismos, siendo no la menor de las causas los celos con que

(1) Ferrer del Río, Hist. de las Comunidades, cap. V.

(2) Mejía, lib. II.—Sandoval, lib. VII, donde se hallan abundantes aunque mal coordinadas noticias de estos sucesos.

veía don Pedro Laso de la Vega, no contento con la presidencia de la Junta, la gloria que Juan de Padilla habia ganado como capitán general de las comunidades, produjo la idea de poner la direccion de las armas en manos de otro caudillo que hiciera revivir el amortiguado vigor de la causa popular. Recayó la eleccion en don Pedro Giron, hijo primogénito del conde de Ureña.

Habia sido contrariado Giron en sus pretensiones á la herencia del duque de Medinasidonia: una promesa empeñada y no cumplida por el rey en el asunto en que ponía todo su anhelo le hizo apartarse enojado del monarca, y en su despecho, y pareciéndole que podría medrar á favor de las revueltas, hizo causa con los comuneros, y se presentó á la Junta de Tordesillas blasonando de gran patriota y ofreciéndole sus servicios. Acogieron los procuradores hasta con avidez el ofrecimiento del joven prócer, que tenia reputacion de esforzado, y les halagaba la idea de que unida la bandera de la esclarecida casa de Ureña á la de las ciudades, en cualquier contratiempo que pudieran experimentar los nobles, se pasaran muchos al estandarte que conducía uno de sus mas ilustres deudos. Esta consideracion influyó mucho en su nombramiento de capitán general de la Junta. Mas como quiera que no fuese fácil ganar de pronto la antigua popularidad de Padilla, no tuvo este tampoco ni abnegacion, ni política para disimular su resentimiento, y so pretexto de tener su esposa enferma partió en posta para Toledo, y tras él se fué la gente que de allí habia traído, con no poca satisfaccion de los de Rioseco, y no poca alarma de la Junta y de las ciudades confederadas (3).

Repusieronse no obstante al pronto de aquel desánimo con la oportuna llegada del obispo Acuña á Tordesillas. Llevaba consigo el fogoso prelado de Zamora quinientos hombres de armas de las guardas del reino, setenta lanzas suyas, y cerca de mil infantes, en cuya hueste se contaban hasta cuatrocientos clérigos, gente resuelta y de armas tomar. El ejército de las comunidades acreció hasta diez y siete mil hombres. Seria una tercera parte la gente con que contaban los vireyes y los magnates en Rioseco. Dejando pues don Pedro Giron en Tordesillas para custodia de la Junta y de la reina doña Juana el escuadron clerical de Acuña con pocos mas infantes y jinetes, púsose en marcha con las demás tropas la via de Rioseco, tan confiados él y los suyos en la victoria, que se celebraba ya de antemano, y de muchos lugares acudian las gentes á ser testigos del triunfo de los comuneros. Sin embargo la prision de los reyes de armas enviados por Giron á la ciudad para intimar la rendicion á los gobernadores le indicó que estaban determinados á todo menos á rendirse (4). Tambien los soldados de la comunidad ardian en deseos de entrar en pelea, y no bien habian llegado al campamento cuando ya se mostraban impacientes murmurando la tardanza en el ataque.

Movió, pues, don Pedro Giron una mañana su campo con grande estruendo de trompetas, pifanos y tambores, y con grande aparato bélico, en muy vistosa formacion, llevando delante el pendon morado de Castilla, y siguiendo detrás al ejército multitud de labriegos, mujeres y muchachos, llevados de la curiosidad de presenciar la victoria y del anhelo de ser los primeros á divulgar la fausta nueva por el país. Así llegaron hasta dar vista á las tapias de Rioseco: Giron envió sus corredores á provocar á batalla á los magnates, diciéndoles que allí estaban para castigar á los que habian querido gober-

(3) Pero Mejía, lib. II, c. 10.—Maldonado, lib. V.—Sandoval, I. VIII.

(4) Los próceres que se hallaban en Rioseco, además del cardenal y el almirante, eran: el conde de Benavente, el marqués de Astorga, el prior de San Juan, el marqués de Denia, el conde de Alba de Liste, el de Rivadavia, el de Cifuentes, el de Altamira, el vizconde de Balduerna, el señor de Alcañices, el de la Mota, el de Santiago de la Puebla, y otros varios grandes y caballeros.

Los caudillos de la tropa de las comunidades, eran: don Pedro Giron primogénito del conde de Ureña, el obispo Acuña de Zamora, don Pedro Laso de la Vega, caballero de Toledo, don Pedro y don Francisco Maldonado, capitanes de la gente de Salamanca, Gonzalo de Guzman de la de Leon, don Fernando de Ulloa de la de Toro, don Juan de Mendoza, de Valladolid, hijo natural del gran cardenal de España, don Juan de Figueroa, hermano del duque de Arcos, con algunos otros capitanes y muchos procuradores de las ciudades.

nar á Castilla contra su voluntad. Los grandes fueron bastante prudentes para no aceptar la pelea: el jefe de los comuneros no hacia sino galopar en su brioso corcel delante de las filas, los soldados provocaban á los de la ciudad, y todos esperaban de un momento á otro oír la voz de ataque. ¡Esperanza vana! Pasóse así todo el dia, y quedáronse todos abortos y frios cuando ya á la puesta del sol se les dió la orden de regresar al campamento de Villabraxima.

A no dudar hubiera podido aquel dia don Pedro Giron con un pequeño esfuerzo apoderarse de los principales defensores de la causa imperial, y asegurar el triunfo de las comunidades, y lo que hizo con su inaccion fué dar lugar á que entrara por la otra banda de la villa el conde de Haro con refuerzo de gente; y tras él los condes de Miranda y de Luna, don Beltran de la Cueva y otros caballeros, formando ya un ejército de ocho á diez mil infantes y mas de dos mil jinetes. Gran disgusto produjo en el país el malogro de aquella ocasion, mas no por eso dejaron de aprontar las ciudades los nuevos contingentes de hombres que les fueron pedidos, armándose en algunas, como Valladolid, todos los varones de diez y ocho á sesenta años. Todavía la chancillería de Valladolid, y muy en especial su presidente, animados del buen deseo de evitar derramamiento de sangre, entablaron con calor y eficacia negociaciones de concordia. La propuesta fué bien acogida por los de Rioseco, señaladamente por el almirante (24 de noviembre, 1520), que continuaba abrigando los sentimientos y designios conciliadores tan propios de su buen corazón. No fueron tan felices aquellos magistrados en el campo de los comuneros, donde oída su pacífica mision por el obispo Acuña, á cuyos ojos se presentaba continuamente el ejemplo de Génova y Venecia que se gobernaban sin reyes, y que estaba resuelto á seguir en la demanda aunque se quedara solo, negóse á toda avenencia, y apenas partieron los desairados oidores calóse el arnés, tomó la espada, montó en su caballo y salió con una parte de su gente al encuentro de una hueste enemiga que le dijeron avanzaba desde Rioseco en ademán de ataque.

Hubo otro negociador de peor condicion que los magistrados de Valladolid, mas astuto que ellos, y mas afortunado en el logro de sus torcidos fines. Fué este un fraile franciscano, de no oscuro nacimiento ni escasa instruccion, fácil en el decir, enérgico en el obrar, y fecundo y mañoso en recursos. Llamábase Fr. Antonio de Guevara, y habia pasado la vida alternativamente entre la soledad y silencio del claustro y el bullicio de la corte y el ruido mundanal del siglo. Veíasele andar incesantemente, é ir y venir del asilo de los magnates al campo de los comuneros con aire de tratador de paces. Aunque el obispo de Zamora sospechaba de las pláticas del astuto franciscano con Giron, que llevaba alguna mision secreta, felicitábase de que trabajara en balde y predicaria en desierto. Lo que se trataba entre los gobernadores y partidarios del rey y el caudillo de los comuneros por medio del sagaz franciscano no se reveló hasta que este tuvo la audacia, cuando ya daba por consumada su obra, de requerir al final de un sermón al ejército de las comunidades y de mandar á sus caudillos de parte de los gobernadores que depositasen las armas, deshicieran el campo y desencastillaran á Tordesillas. El auditorio le interrumpió con murmullos y denuetos, y le apostrofó con picantes burlas. El obispo de Zamora le dió una contestacion enérgica y dura, que aplaudieron todos con entusiasmo, y concluyó diciéndole: «Andad con Dios, padre Guevara, y decid á vuestros gobernadores, que si tienen facultad del rey para prometer mucho, no tienen comision para cumplir sino muy poco; y guardaos de volver acá, porque si viniereis, no tornareis mas allá.» Y aun es de extrañar en el genio virulento de Acuña que se limitara á contradecirle con vehemencia y á despedirle con ásperas palabras (1).

Si las engañosas ofertas de Fr. Antonio fueron tan desestimadas por las tropas de la comunidad como enérgicamente rechazados sus requerimientos, no por eso dejó de llevar á cabo su inicuo plan. La causa de los comuneros habia sido vendida: concertada estaba ya una gran traicion; el general en jefe de las tropas populares estaba ganado. Con pretexto

de los frios de diciembre y de estar la tropa sin tiendas y escasear en el país los recursos, dió don Pedro Giron al ejército la orden de marchar á Villalpando, donde tendria cómodos alojamientos y abundarian las vituallas. Villalpando está á seis leguas de Rioseco, y era poblacion del condestable. A pesar de esta sospechosa circunstancia, de no vislumbrarse objeto en la ocupacion de aquella villa, de lo inoportuno y extraño del movimiento, y de conocer que los mejores alojamientos para invernar hubieran sido los que en Rioseco ocupaban los vireyes y los magnates, el ejército obedeció, aunque murmurando, deslumbrado por las comodidades que se le ofrecian, y lo que es de maravillar, y prueba que el obispo Acuña tenia menos de perspicaz que de osado, todavía el prelado de Zamora no descubrió la traicion que envolvía aquel movimiento (2).

No se descuidaron los nobles en aprovechar el desembarazo en que quedaban para ejecutar la segunda parte de lo que habia entrado en el trato, que era lanzarse de improviso sobre Tordesillas, que habia quedado con corta guarnicion, apoderarse de la reina doña Juana, y si podia ser, de la Santa Junta, y dar sobre el gobierno central de las comunidades el golpe de mano que estas habian podido darles á ellos. Salíó, pues, la hueste imperial de Rioseco al mando del conde de Haro: los que echaban en cara á los comuneros los excesos y desmanes con que habian manchado sus alborotos, iban saqueando las poblaciones, dejando tras sí una huella de miseria y de desolacion, y hasta robando con sacrilega mano, como lo hicieron en Peñafior, las alhajas y los vasos sagrados de los templos. Cuando se supo en Valladolid y en Villalpando la marcha de los imperiales, ya estaban estos combatiendo los muros y las puertas de Tordesillas, y no era posible que llegaran á tiempo los socorros. Con arrojo atacaron la villa los próceres, pero con arrojo la defendian tambien los moradores, en union con los pocos soldados que habia, y especialmente el escuadron de clérigos de Acuña, que nadie hubiera podido decir aquel dia que eran ministros del altar sino soldados veteranos y aguerridos, y hubo uno entre ellos que de once tiros derribó once imperiales, hasta que una saeta que le acertó á él en la frente, acabando con su vida, suspendió la cuenta de las que él iba quitando. En las cinco horas que duró el combate perdieron mas de doscientos cincuenta hombres los próceres. Entre los muertos lo fué el capitán Vosmediano, á quien se encontró escondido en la manga del sayo un cáliz de plata de los del saqueo de la iglesia de Peñafior. Naturalmente morian menos de los de dentro como mas resguardados. Con mucha intrepidez, repetimos, combatieron aquel dia los magnates. «Mirad, le decia el conde de Cifuentes al de Haro, empuñando su estandarte de damasco encarnado y verde con la efigie del apóstol Santiago, mirad dónde me poneis con este estandarte real, porque yo no he de volver atrás de donde me pusieredes (3).»

Últimamente, agujereada la bandera real y hecha girones con los certeros tiros de los de dentro, pero agujereadas tambien por los de fuera las puertas y tapias de la villa, abiertos boquetes, penetrando el primero por uno de ellos el medinés Nieto, armado de espada y de rodela, plantada sobre la almena la bandera del conde de Alba de Liste, ingiriéndose tras él por la abertura ó encaramándose por el muro otros valientes soldados y desparramándose por la poblacion, todavía tuvie-

(2) «Todos los autores, dice el ilustrado traductor de *El Movimiento de España* en la nota 11, que escribieron algo sobre esta revolucion, convienen en que Giron fué traidor á su partido, y le hacen aparecer como la causa principal de la pérdida de los comuneros. En efecto, cuando estaba á la vista de Medina de Rioseco, tenia á su favor todas las probabilidades, y un ataque sobre Medina hubiera puesto en su mano la corona de vencedor en toda España.—Pero pudo mas en su ánimo el temor de ser vencido; se dejó llevar de las promesas y halagos de los nobles, y confiado en ellas, sin adelantar nada para sí, vendió inicuaemente al partido que se habia entregado en sus manos.»

Así se deduce con sobrada claridad de Alcocer, de Sandoval, de Colmenares y otros autores, y muy principalmente de las cartas del mismo Padre Guevara.

(3) MS. de la Academia de la Historia: Hist. inédita de las Comunidades.

(1) Epistolae familiares del P. Guevara, fol. 55 á 81.

ron que sostener en las calles combates sangrientos, pero al fin dominaron la villa; apoderáronse de la reina y de su hija que cruzaban el atrio del palacio, y de nueve procuradores; los demás se habían salvado con la fuga. Toda la noche la pasó la soldadesca engolfada en el pillaje. «Robaron casas, iglesias y monasterios, que no perdonaron cosa, hasta las estacas de las paredes,» dice el obispo historiador, con ser como era adicto á la causa de los imperiales (1).

Súpose la toma de Tordesillas casi á un tiempo y causó igual sensación de sorpresa y de ira en Valladolid, que se hallaba casi sin soldados y temía una marcha rápida y una acometida de los vencedores, y en Villagarcía, donde llegaban los destacamentos de los comuneros que marchaban al socorro de Tordesillas. Dos caminos quedaban todavía á los comuneros para resarcir aquella pérdida; ó lanzarse rápida é impetuosamente sobre Tordesillas, ó volver sobre Riaseco, donde había quedado el cardenal regente con muy escasa guarnición. Pero la torpeza de los unos ayudó á la traición del otro. Discordes los caudillos, de mal talante el obispo de Zamora con don Pedro Giron, aunque sin caer todavía en la cuenta de su perfidia, no les ocurrió, ó por mejor decir, no quiso el general de la comunidad seguir el consejo y parecer que le proponían los de Valladolid de marchar de concierto sobre Tordesillas y cogerla entre dos fuegos. Lo que hicieron fué tolerar, ó por lo menos no impedir que se desbandaran numerosos destacamentos y penetraran en Valladolid despues de haber asolado en su marcha los campos y saqueado los lugares. Allí vendían á menos precio el fruto de sus rapiñas, las alhajas, las reses y hasta los aperos de labranza (2). Los infelices labriegos y pastores que lograban rescatar con algún dinero su hacienda, eran otra vez asaltados y robados por nuevas bandas apenas salían de las puertas de la ciudad. Era tal el desórden, que como dice un escritor de estos sucesos, «ni las mujeres en su casa estaban seguras, ni los hombres por los caminos. Entre los lugares comuneros y los que tenían la voz real se mataban, robaban y hacían correrías como entre enemigos mortales. Los oficiales no hacían sus oficios. Los labradores no sembraban los campos. Cesaban los trabajos de los mercaderes por no haber seguridad en los caminos. No había justicia.» Tal estaba el reino en que tanta justicia, tanto órden y tanta paz habían dejado Fernando é Isabel!

Á Valladolid fueron también luego Giron y el obispo Acuña con toda la gente. Colmaba el vecindario de bendiciones al obispo de Zamora por su conocida fidelidad á la causa de las comunidades, mientras don Pedro Giron, de cuya deslealtad apenas dudaba ya la gente comun, era objeto del odio y hasta de las maldiciones del pueblo. Conociendo el primogénito de Ureña la odiosidad popular que su vergonzoso tráfico le había acarreado, y que ya se manifestaba con amenazas nada encubiertas, salió una mañana á la cabeza de algunos jinetes con pretexto de practicar un reconocimiento, pero con ánimo y resolución de no parecer ya mas en ninguno de los bandos contendientes. Tal era su impopularidad, que en Tudela le cerraron las puertas, y no hallando mejor acogida en otros pueblos, hubo de resignarse á pasar escondido en las tierras de su padre todo el tiempo que duraron las revueltas de Castilla, para recibir despues otro mas triste desengaño todavía y el premio mas digno de su traición, siendo exceptuado hasta del indulto general del emperador, como habremos de ver en su lugar (3).

(1) Sandoval, Hist. del emper. Carlos V, lib. VIII, párr. 8.—Maldonado, *Movimiento de España*, lib. VI.—Pero Mejía, lib. II, cap. 13.—Mártir de Angleria, epist. 709.—Cabezudo, *Antigüedades de Simancas*, inéd. tom. I, p. 544.—«Así se perdió, dice Alcoer, en pocos días lo que Juan de Padilla había ganado con muertes y combates.»

(2) «Daban, dice Sandoval, un carnero por dos reales, una oveja por un real, y una vaca por dos ducados.» Lib. VIII, párr. 9.

(3) Hasta el mismo obispo de Pamplona, con ser adicto á la causa imperial, no puede dejar de decir de don Pedro Giron, que «sin duda hizo la treta que se sospechó.» *Ibid.* párr. 11.

Robertson (en su *Historia de Carlos V*, lib. III), opina de diferente modo, pues dice que «verosíblemente carecía de fundamento esta imputación y que los realistas debieron su triunfo á la mala dirección de aquellos bien que á su perfidia.» Pero Robertson está lejos de poder ser con-

Unos y otros padecían escasez y apuro de numerario para pagar las tropas: advertíase la falta de tanto como habían extraído los flamencos; interrumpido el comercio y paralizada la agricultura, escasas y mal cobradas las rentas reales, no atreviéndose ni los unos ni los otros á sobrecargar con nuevas imposiciones los pueblos en que dominaban, los magnates, á pesar de su reciente triunfo, se hallaban aun en peor situación que los plebeyos, porque estos ó se remediaban con la hacienda de los mismos nobles, ó percibían algunos donativos voluntarios de las ciudades federadas. De todos modos, imperiales y comuneros asaltaban y robaban en caminos y poblaciones. Urgía un remedio á tan grave mal. El obispo Acuña ganó mucho crédito en Valladolid castigando á los saqueadores de las casas y haciéndoles restituir lo hurtado. La Junta de los procuradores, que refugiada en aquella ciudad había vuelto á abrir sus sesiones, publicó un pregon imponiendo pena de muerte á los que robaran en el campo, y el almirante expidió una órden igual para los suyos en Tordesillas y Simancas.

Aun con la defecion de Burgos y la pérdida de Tordesillas quedaban todavía pujantes los comuneros; tenían muchas mas fuerzas que los regentes y magnates, contaban con mas recursos, y podían reponerse mas fácilmente de un contratiempo. Así fué que no tardaron en acudirles refuerzos de Salamanca, de Toro, de Ávila y de Zamora. Por tanto, cuando el almirante, que no se cansaba de procurar y proponer la paz, escribió á Valladolid exhortando á la Junta y aun intimándola que hiciese cesar la guerra, la Junta no solo no le contestó, sino que hizo un acuerdo prohibiendo recibir carta alguna que viniese de los regentes ó de los grandes, y en un arranque de arrogancia resolvió seguir haciéndoles todo el daño posible. Los próceres por su parte se limitaron con mucha prudencia á guarnecer y fortificar los lugares que poseían en un pequeño radio, y á mantener expedita la comunicación de Tordesillas, donde se hallaban la reina doña Juana, el cardenal, el almirante y el conde de Haro, con Burgos, donde estaba el condestable con el consejo. El principal de aquellos puntos era Simancas, así por su natural fortaleza, como por su posición intermedia entre Valladolid y Tordesillas. Allí fueron destinados el conde de Oñate como caudillo, y como capitán de la gente de á caballo el de Alba de Liste. En la guerra de combates parciales que se sostuvo aquel invierno entre comuneros é imperiales y en que el obispo Acuña ganó algunas victorias y tomó algunas villas, Simancas, población realista desde el principio, era el padrastro de Valladolid, que se había hecho el núcleo de la revolución de las comunidades. Todos los días ocurrían encuentros, escaramuzas, insultos, muertes, y aun ataques y peleas formales entre los de una y otra población, que se miraban y trataban como irreconciliables enemigos; y entonces pudieron conocer los comuneros con cuánta imprevisión habían obrado sus caudillos en no haberse apoderado de aquella villa cuando lo tuvieron en su mano, y cuán torpes anduvieron en no calcular el daño que de ella habrían despues de recibir y la mala vecindad que les había de hacer (4).

Grandemente reanimó á los populares y gran júbilo les dió la noticia que tuvieron, apenas entrado el año 1521, de que Juan de Padilla había vuelto á salir á campaña y dirigiéndose á Medina al frente de dos mil toledanos. Golpe era este de mal agüero para los nobles, y hubiéralo sido mucho mas si Padilla y Acuña hubieran llevado el plan que concibieron de marchar en combinación sobre Tordesillas, arrojar de allí á los regentes y magnates y trasladar la reina á otro punto de

siderado como autoridad relativamente á los acontecimientos que en aquella época pasaron dentro de la Península, en cuya relación es por otra parte muy sucinto, así como se extiende difusamente en los sucesos de fuera. Este historiador trató el reinado de Carlos V considerándole mas como emperador que como rey de España. Desconocía además varias de las principales fuentes históricas de aquel tiempo.

(4) El licenciado Cabezudo, en su obra inédita de *Antigüedades de Simancas*, refiere la multitud de choques, algunos bastante porfiados y sangrientos, que casi diariamente sostenía la gente de Simancas con la de Valladolid, y de incidentes curiosos que darían materia abundante para una historia particular.

menos peligro. Pero desbaratóse el proyecto por las vacilaciones que en los momentos críticos entorpecían siempre y desvirtuaban las operaciones de los comuneros, y uno y otro se fueron á Valladolid, burlando mañosamente la vigilancia de los de Simancas. Recibieronlos en aquella ciudad con grande entusiasmo, y tratóse luego de proveer la plaza de general en jefe de las tropas de la comunidad que la deslealtad de don Pedro Giron había dejado vacante. La Junta de los procuradores quería investir con este cargo á su presidente don Pedro Laso de la Vega, que en verdad era mas experto y tenía mas suficiencia que Padilla, pero era mucho menos simpático. El pueblo, por el contrario, amaba á Padilla con delirio, y sin tener en cuenta sus anteriores errores y su mayor ó menor capacidad, no veía en él sino el campeón decidido de su causa, y le aclamaba general con frenético empeño. Padilla en esta ocasión se condujo con la mayor nobleza y gallantería con su compatriota Laso, ensalzando sus buenas prendas, recomendando su mayor aptitud para el mando, y exponiendo y esforzando la conveniencia de su nombramiento. Alborotado y tumultuado el pueblo nada oía y á nadie escuchaba; las arengas del mismo Padilla eran interrumpidas y las reflexiones de la Junta menospreciadas; no se oía otro grito por las calles que el de ¡Viva Juan de Padilla! La Junta tuvo que transigir, con no poco desprestigio de su autoridad, y Juan de Padilla quedó nombrado capitán general por aclamación. Desde entonces don Pedro Laso de la Vega comenzó á irse desviando de la causa de los comuneros y á irse arrimando disimuladamente á la de los nobles, de la que había de acabar por ser partidario (1).

Buena ocasión se presentaba á los jefes de los comuneros para su nueva campaña, puesto que el mas temible de los tres gobernadores, el condestable don Iñigo de Velasco, que permanecía en Burgos, tenía hartó á que atender con los alborotos de dentro y fuera de la ciudad. Produjeron los de dentro los despachos que llegaron del emperador otorgando á los burgaleses tan solo una mínima parte de los derechos y exenciones que ellos, y el condestable en su nombre, habían pedido, y bajo cuya condición se habían sometido á la obediencia real. Llamáronse con esto á engaño los vecinos, y los mas valerosos se reunieron con resolución de echar al condestable de la ciudad. Gracias á los oportunos socorros que le enviaron el duque de Medina del Campo y otros grandes, y merced al soborno de los procuradores del comun y á la traición del alcaide que los populares tenían en la fortaleza, logró restablecer su autoridad y rescatar sus dos hijos que estaban en poder de los del pueblo.

Dábanle que hacer por fuera los pueblos de las Merindades, y otros de las provincias de Vizcaya, Álava y Navarra, que hacia tiempo andaban alborotados, movidos por el conde de Salvatierra, hombre turbulento y altivo, de condición recia y desapacible, que por disensiones domésticas despues de haberse indispuerto con la corte de los reyes se había rebelado contra el condestable, y al abrigo de las turbulencias de Castilla andaba desmandado y traía revueltas aquellas comarcas. Aunque la causa del conde de Salvatierra era diferente de la de las comunidades, la Junta y los caudillos de estas procuraron traerle á su partido, y veniale grandemente al orgulloso magnate su apoyo; de modo que recíprocamente podían auxiliarse y servirse contra el condestable don Iñigo de Velasco, quien por otra parte podía fiar poco en los burgaleses, oprimidos y tiranizados, quejosos de él y del emperador, deseosos de vengar su taimado porte, y solo por fuerza sujetos á su autoridad.

Para obligar y comprometer mas en su causa al revolvedor de las Merindades, acordaron Padilla y Acuña rescatar para el magnate alavés la fuerte villa de Ampudia, en la tierra de Campos, que era de su señorío, y de la cual se había posesionado el condestable. Encamináronse á esta empresa los dos jefes de los comuneros con una respetable hueste y buenas máquinas de batir, entre las cuales se contaba un célebre y famoso cañon llamado San Francisco, fabricado en tiempo de

Cisneros, cuyos disparos eran tan terribles, que solía en las batallas decirse comunmente: ¡*Guárdate de San Francisco!* Batido y aporillado el muro de Ampudia, como el alcaide de la fortaleza se saliera por un postigo y se refugiara en la Torre de Mormojon, á una legua de distancia, noticioso Padilla de su fuga, fué tras él y puso cerco á la torre, y la combatió, é intimó la rendición á los que la defendían, amenazando ahorcar á todos los que no se entregaran. Á un tiempo resonaba la artillería del caballero toledano contra la torre de Mormojon, y la del obispo de Zamora contra el castillo de Ampudia, y casi á un mismo tiempo se les rendían las dos fortalezas, si bien no sin haber obtenido sus defensores capitulaciones bastante honrosas, con seguro para sus vidas, y pudiendo salir con armas y caballos (2).

Con la fuerza moral que daba á los comuneros este triunfo, y obligado á ellos por gratitud el conde de Salvatierra, hubieron peligrado Burgos si unos y otros hubiesen atacado en combinación la residencia del condestable. Pero el artificioso gobernador tuvo maña para hacer una especie de armisticio con el de Salvatierra, que dirigió sus miras hacia Vitoria. El prelado zamorano fué enviado á tierra de Toledo, donde andaba el prior de San Juan levantando los pueblos en favor de los imperiales, y el ambicioso obispo, noticioso de la muerte del arzobispo Guillermo de Croy, no iba descontento á hacer la guerra en aquella comarca, por si tal vez podía alcanzar la primera mitra del reino por los mismos medios con que se había posesionado de la de Zamora, y estado á punto de ponerse la de Palencia (3). Y por otra parte Juan de Padilla tuvo que acudir á Valladolid, llamado por los de esta ciudad para que los ayudara á contener y enfrenar á los de Simancas, que diariamente se les llegaban á las puertas de la población, y los traían en continua zozobra, ya con diarias acometidas, ya con correrías y rebatos por el territorio intermedio, no pudiendo salir nadie de la ciudad que no le costase por lo menos sostener una escaramuza con los simanquinos.

Valladolid era la población que mas sufría, ya por tener los enemigos tan cerca, ya por los sacrificios de hombres y de dinero que tenía que hacer continuamente, ya porque habiéndose hecho el asiento de la Santa Junta y como el alma del movimiento de las comunidades, era también el punto principal á que asestaban los tiros de su encono el emperador, los gobernadores y el consejo. Un clérigo tuvo la audacia de presentarse en la ciudad con unas provisiones imperiales, mandando que la chancillería, la universidad y el colegio, los tres establecimientos que mas amaban los vallisoletanos, se trasladasen en el término de tres días á Arévalo y Madrigal. Alborotóse el pueblo y se puso en armas, pidió y obtuvo que le fuese entregado el clérigo, el cual fué puesto en la cárcel, y se apoderaron también los tumultuosos de las provisiones. Los regentes y los caballeros desde Tordesillas despachaban cartas á la Junta y á los procuradores y jefes de las comunidades, requiriéndoles que depusiesen las armas y obedeciesen al gobierno de S. M., ó de otro modo los pregonarian y tratarían como traidores y los desafiarían á fuego y á sangre. La Junta contestaba con altivez y resolución desafiándolos á su vez á sangre y á fuego si no se apartaban de su mal camino. En estas ágras contestaciones, en que unos y otros, comuneros y realistas, blasonaban de ser los mejores servidores del rey, la Junta y los populares volvieron á caer en el lamentable error de enajenarse cada vez mas, en vez de atraer á los nobles, amenazándolos con reincorporar al patrimonio real los muchos bienes de que habían despojado á la corona, con lo cual no solo se hacia imposible toda transacción, no obstante las condiciones razonables que algunas veces proponían los caballeros, sino que colocaban al monarca en una condi-

(2) Sandoval, Hist. del Emperador, l. VIII.—Ayora, cap. 37.—Carta del P. Guevara al obispo Acuña.

(3) En una de sus recientes expediciones se trasladó una noche de Valladolid á Palencia, combatió y tomó el castillo de Fuentes de Valdepero (una legua), y fortificó y guarneció los de Monzon, Torquemada, Carrion y otros. Mucha parte del vecindario de Palencia le aclamó por su obispo, y le fueron ofrecidos diez y seis mil ducados de la iglesia y del obispado. «Hecho esto, dice en tono sarcástico Sandoval, volvió á Valladolid hecho un rey y un papa.»

(1) Gonzalo de Ayora, Hist. de las Comunidades, c. 37.—Mejía, l. II, capítulo 14.—Maldonado, *Movimiento de España*, lib. VIII.